



por Bruno Cuneo

**U**n hermoso pasaje de *La Divina Comedia*, aquel en que Francesca de Rimini pide a Dante no ser aún más atormentada con la memoria de su pasada plenitud, nos advierte cuán preciada debiera parecer a quien surca ahora indifórmate una bonanza: la memoria de esos días en que la angustia parecía señalar al alma un rincón como única morada. Quien en ello repite podrá entonces meditar aún por largo tiempo por qué en aquellos días buscábamos a menudo alejarnos al mar para aplicar el desengaño, como Iomasi, en *Moby Dick*, que hablaba en la "visión de la parte acuática del mundo", el sustituto de la pistola o de la espada. ¿No será porque la angustia, que devora sin tregua los espacios —y valga como signo la astilla que atrapa nuestro pecho— hasta abandonar al alma a un tiempo vacío, caduco y sin objeto, se resiente de la vastedad marítima, única prenda terrena —ha escrito Baudelaire— que es posible hallar del infinito? ¿No equivale por lo mismo el "tiempo en la costa" a la instancia misma del tiempo recordado, en cuyo acontecer sin horas reconoce a menudo el melancólico la desproporción de su disgracia? Tal vez. Mas el tiempo que invertimos en la costa seguirá pareciéndonos un tiempo extraño, tan extraño como fértil en representaciones, que despuntan en nosotros como anodadas a una sabiduría paradójica, la misma a la que llamó Melville un día "filosofía de buen ánimo del desesperado".

De esa sabiduría parecen brotar las cuidadas líneas de ese último libro del poeta Ignacio Balcells, tanto más sorprendente cuanto que escrito en prosa parece, sin embargo, escrito en verso. *El tiempo en la costa* es el libro de un hombre para el cual la contemplación del mar ha llegado a ocupar en su vida un lugar tal que no sólo constituye el modo singular con que resuelve los desvelos prodigados por la herida y la inminencia de la muerte, o el motivo privilegiado de casi toda su

## Vastedad Marítima

escritura —en el "mar blanco" propio de su oficio se reconoce un "poeta de la costa"—, sino también la ocasión de un suyo que, según declara, es tanto la materia primigenia de la que están hechos todos sus afanes como el espíritu al que se ven reconciliadas, una y otra vez, cada una de las letras de este poeta. Ese suyo es el de una enigmática de poetas a la costa cuya "presencia y voces darán a la luz un país llamado «Costa de los Ocasos» en el territorio de uno llamado Chile".

"Una costa sin poeta", dice Balcells —es una frontera con la nada". Imagina entonces una cofradía de poetas que se extiende equidistante de norte a sur apostado cada uno en las peculiares configuraciones de su paisaje, de su propia historia y las de sus habitantes, y sin más comunicación que la observancia fiel a cuatro roles (Vigía, Guía, Testigo, el huipendi) y a un lema —que es un verso de Rimbau— ("*Elle est retroussée Quoi? —L'Éternité! C'est la mer elle/Avec le soleil*"), cuya traducción develaría a cada uno un matiz singular. El propio Balcells, apostado ya en su plementorio de Quintay, articula los capítulos de su obra de acuerdo a esas funciones del "Poeta de Costa" y, en un giro que el lector juzgará increíble, porque revela cián profundo es su conocimiento de nuestro litoral, ofrece en las páginas finales un perfil imaginario de los veintisiete poetas de la fraternidad, cada uno con sus sutiles impresiones nacidas de la observancia a cada rojí y las versiones del lema con el que inauguran sus jornadas. En lo que toca al autor de *El tiempo en la costa*, dirímos, apelando a una fórmula sumaria sursumada por él mismo, que en Quintay contempla en cuento "Vigía" la aparición de una ballena que corona su aventura poética, el mar atirado y anotajido que se

ofrece por igual a la cosecha del pescador o a su muerte, "rosa común de la tierra" a cuya superficie el abogado pensativo nunca asciende; describe en cuento "Guía" la cadena pétreo que, como diamante de mosa cavernearia, ciñe la frente de la costa de Quintay, cuyos habitantes han dado a cada estribón un nombre; da fe en cuento "Testigo" de la específica colonización que ha dejado en el rostro de los habitantes de Quintay la designial ofrenda de fortunas e infartos; es en cuento "Huipendi" un poeta intenso cuyo oficio y rito reconocen sus vecinos sólo a medias, un melancólico que ha hallado en la contemplación del mar el consuelo de una herida oculta pero supurante, un soldado que ve en la construcción de su casa frente al mar el microcosmos de un país capaz de levantar la mirada y avistar el horizonte. Y en su versión del lema —aventurámonos una más—: "Se ha vuelto a encontrar / ¡Qué? La eternidad / Es la mar y el cielo / qué juntos se van!"

Hay autores que son hasta tal punto parte de sus sucesos que indefectiblemente invertir en su lectura equivale a terminar, tarde o temprano, involucrándose con ellos. Tanto mejor para Balcells cuando que su llamada a los poetas a fundar en Chile un país llamado «Costa de los Ocasos» interpela también como invita al lector común que sofre por la llaga que la daga política abrió en la historia. En la angustia colectiva también todo un país puede allegarse al mar para aplicar su desconsuelo y aprender del barco que cabecía en el horizonte la "filosofía de buen ánimo del desesperado".

### EL TIEMPO EN LA COSTA

Ignacio Balcells  
Editorial Andrés Bello,  
Santiago, 1995,  
316 páginas.



## Vastedad marítima [artículo] Bruno Cuneo

Libros y documentos

### AUTORÍA

Cuneo, Bruno

### FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

### FORMATO

Artículo

### DATOS DE PUBLICACIÓN

Vastedad marítima [artículo] Bruno Cuneo. il.

### FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

Biblioteca Nacional

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile